

SEMINARIO: CLÍNICA DE NIÑOS Y ADOLESCENTES
PROFESOR INVITADO: DR. RICARDO RODULFO

22-10-08

Buenos días. Vamos a repasar lo relativo a juego narrativo y seguimos. Hoy vamos a ver las cuestiones ligadas a juego narrativo e interpretación, entre otras cosas. Hoy terminaríamos las cuestiones del juego y del jugar para abocarnos, a partir de la próxima clase, a las cuestiones del dibujo.

Recordé en el pizarrón la secuencia que puede llegar a organizar la lectura del juego narrativo:

- 1) Caracterización de una situación como cuando un chico, por ejemplo, está armando una ciudad. Una situación donde se presenta un conflicto que da lugar a una acción que es tendiente a reestablecer la situación anterior: **SAS**. Saliendo del juego esto está muy ligado al género de la época y es característico que el conflicto esté desencadenado por los malos y donde la resolución del conflicto implica el tiempo de los buenos
- 2) **SAS'**: este juego es más parecido al género de la novela donde la situación Terminal no es la situación inicial. Hay un cambio, una transformación. No es el restablecimiento de un equilibrio anterior.
- 3) Después venía una secuencia en que prima la acción. El juego comienza con la acción, como una película que empezara con un tiroteo y no con la descripción de una situación. Aquí la secuencia se invierte. La acción prima y la situación, en todo caso, se deduce de la acción.

Después vamos a ver algo de esto, pero quería plantear, primero que nada, algunas cuestiones sobre la interpretación. Estos modelos conceptuales me sirven para organizar la lectura y ver qué particularidades tiene cada situación o cada acción en el material de un chico concreto. Ahora, respecto a la interpretación yo mencioné, cuando hablé de juego narrativo que prefería ese término al de juego simbólico; yo lo tomo de distintos contextos de lecturas de materiales narrativos, fílmicos, etc. Yo prefiero dejar un poco a un lado eso de simbólico y en relación a la interpretación es necesario especificar porqué. En primer porque en el psicoanálisis hubo y todavía queda la reducción de juego a juego simbólico. Con lo cual todo el juego exploratorio caería afuera, o el juego

de un bebé. Pero la reducción es muy fuerte porque el psicoanálisis empezó leyendo el juego que llamamos simbólico. Eso es como si uno le diera el nombre de pintura solo a una pintura figurativa, por ejemplo, y le negara el carácter de pintura a la pintura abstracta, a toda pintura que no sea figurativa. O le diera el carácter de música solo a la música tonal, tradicional, y no a música electrónica u otros tipos de música. Esa es una limitación insostenible y que no deja de generar problemas en la práctica.

Después por otras dos razones. La segunda razón es que en psicoanálisis juego simbólico tendió a dar interpretaciones reductoras, donde simbólico implica siempre que voy a sustituir lo que el chico presenta en el juego por una interpretación que remite, por lo general, siempre al padre o a la madre o a escenas familiares supuestas ahí como más primarias. En los historiales de Melanie Klein es muy fácil leer eso, es muy abundante. Un auto en un garaje es el papá entrando en la mamá. Lo simbólico ahí implica una sustitución reductora y en eso consiste la interpretación simbólica. Yo diría que así no habría que interpretar, salvo en determinados contextos donde eso puede tener validez. Una cosa es que algo tenga una validez circunscripta, y otra cosa es que tenga una validez irrestricta, que se interprete siempre así. Para tomar un caso hay libro de Melanie Klein que se llama "El relato del Psicoanálisis de un Niño" que se trata del análisis hecho por ella cuando estaba en Inglaterra a un niño en la época de la segunda guerra mundial. El análisis transcurre con los bombardeos nazis a Londres y otras partes de Inglaterra. El chico en el material trae mucho los submarinos, los aviones, los bombardeos. Era un chico que además, había tenido que ser evacuado. Entonces Hitler es la mamá mala en las interpretaciones de Melanie Klein; la guerra toda es reducida a una situación con la madre, con el pecho, con el pene, etc. Pero esto no es solo una cuestión de Melanie Klein. En todas las escuelas psicoanalíticas se suele y se ha solido hacer esto. Ahí simbolismos implica siempre reducir algo a papá, mamá, Edipo, esas categorías de las que nunca se sale. El mismo Freud abusó de este tipo de interpretaciones.

La tercera razón por la cual yo desconfío del término simbólico en psicoanálisis se ve más en las corrientes lacanianas. Allí simbólico en realidad quiere decir verbal. Se dice simbólico, pero lo verbal va a ser lo único que tenga los atributos de lo simbólico. Es otra reducción muy problemática. Primero, por una

cierta hegemonía, un cierto imperialismo de lo verbal. Después, porque quita poderes de lectura porque en un juego, en un dibujo hay elementos que pueden ser traducibles en palabras y otros que no. Hay elementos específicos de cada producción que no pueden ser reducidos a otra. En realidad, pasa lo mismo con lo verbal. Hay, de pronto, especificidades de un discurso verbal que no pueden ser reducidos a una imagen o al despliegue de un juego. Por eso mismo hay novelas que, por su carácter literario, son muy resistentes a ser llevadas al cine. De la misma manera que hay películas que sería muy difícil convertir en novelas sin que se pierda mucho. Hay un excedente si uno pasa de un dibujo a un juego y de un juego a un relato verbal. Hay excedentes que nos no traducibles. No se puede reducir una cosa a la otra. Además, reducir lo simbólico a lo verbal implica un angostamiento de la experiencia subjetiva, que no puede ser sino perjudicial para el trabajo con niños y en particular con niños muy pequeños. Incluso en el caso de la interpretación; estamos muy acostumbrados a pensar la interpretación solo como verbal, pero no siempre es así. De pronto uno hace una interpretación de otra manera. Supongamos, un chiquito que en su momento se lo llegó a confundir con autista por su aislamiento, sus dificultades para jugar con otros chicos y cosas por el estilo. Él se llama Mariano, pero cuando tiene 6 años le gusta escribir su nombre como MARCIANO, y no por casualidad. MARCIANO es un lugar de identidad para él, donde él se reconoce como alguien ajeno respecto a los demás, un extraterrestre. Entonces él hace un dibujo o cualquier otra producción y firma MARCIANO debajo. Durante un tiempo mi intervención se reduce a, sin decir nada porque es un chico de mucho “bla, bla, bla”, borrar la C. Queda MARIANO. Él se enoja o vuelve a escribirla o trata de que yo no llegue a borrarla o escribe MARCIANO en otro lugar. Esa es la interpretación. Tomo otro material de un chiquito que sí es autista. Este chico está, como dicen los chicos, “copado” con todo lo que sea maquínico, especialmente movimientos mecánicos circulares. Tiene un interés total por todo lo que sea giratorio: paletas de ventiladores, ruedas. Dibuja muchas ruedas, o si dibuja un auto lo que le importa son las ruedas. En una época lo que yo hago porque él no escucha, tiene mucha facilidad para no escuchar, es muy difícil llegarle con las palabras. Entonces mi intervención es ir a la rueda que él dibujó y hacerle una carita; una rueda puede parecer una cabecita. Luego hago un cuerpito y

convierto a la rueda en un muñequito humano. Esto sería como decirle: *“Vos no sos una rueda, una máquina. Vos sos un nene”*. Devolverle la humanización a la cual él no está ajeno. Pero en esa época yo ya había probado hacerlo verbalmente y él demostraba esa facilidad para desconectar lo sonoro, que hace que muchas veces a un chico autista se lo confunda con un chico sordo. Para eso hay que hacer exámenes de audiometría para verificar si es sordo o si es autista. Entonces con este chico yo entraba por ese lado, porque eso sí lo veía y además le molestaba muchísimo que yo tocara sus ruedas. Ese enojarse era algo en sí valioso, porque implicaba un registro de mi persona como otro. En esa oposición que yo le hacía, él me reconocía como otro. Y llegó a decirme: *“¡Basta! ¡Me volvés loco!”*, en un momento dado. Entonces yo ahí sí le dije: *“Ah, vos pensás que si sos un nene en vez de una rueda vas a ser un nene loco, por eso preferís ser una ruedita, una maquinita”*. Pero la interpretación consistió ahí en un acto de dibujo, porque lo más adecuado en ese momento. En el trabajo con pacientes adultos en occidente, las interpretaciones son mucho más verbales porque se han atrofiado los otros registros. Aunque de todas maneras, a veces se ven otras maneras de material, con el cuerpo. Hay intervenciones con adultos que pueden circular más por una acción corporal que por algo que se diga, o por alguna otra modalidad. Un paciente que quería transformar la sesión en una discusión donde él era el más racional y donde demostraría la irracionalidad y el absurdo de un análisis. Esto tenía que ver con su actitud ante la vida; una intelectualización muy cerrada aprovechando que era un hombre muy inteligente, con una verbalización brillante y una retórica excelente. Entonces él escuchaba una interpretación solo para escuchar sus puntos endebles. No porque supiera nada de estos temas, él lo hacía en todos lados. Y era muy fácil engancharse con él en tratar de convencerlo o enojarse uno y ser arrastrado a un debate. Él hacía diván, cosa que yo aproveché para el caso, porque en un momento en que él estaba haciendo una demostración, yo simulé un ronquido, como si me hubiera quedado dormido. Él se sobresaltó, esperó y se dio vuelta. Yo hice como que estaba cabeceando, como que estaba dormido. Se levantó y entonces yo recién ahí lo miré como mostrándole el carácter de juego del asunto. Esto fue importante porque le tocó lo único vulnerable que él tenía en ese contexto, que era la percepción que la gente se aburría, en particular las mujeres que le

gustaban se aburrían con su modalidad. Hacer eso, dramatizar el aburrimiento, para un paciente así hiper-verbal, era mucho más eficaz que un decirle algo así como que así puede aburrir a todo el mundo, o que resulta aburrido. Su transformar todo en una discusión que él ganaría sería a expensas de aburrir al otro y no poder entrar en contacto, o el aburrimiento que suscita alguien que disocia de esa manera todo el registro de los afectos. En otra ocasión, con otro paciente con características similares pero más agresivo y muy omnipotente, me levanté y salí del consultorio. Después él me contó que en realidad él no se había dado cuenta en ese momento, tan enfrancado estaba en su monólogo. Cuando yo volví sí él se había dado cuenta y estaba sentado perplejo mirando qué había pasado. Yo le dije: *“No, pero como ud ya sabe todo”*, era mostrarle una modalidad en la que él prescinde del otro. Él se escucha, se contesta, se interpreta; no hay lugar para entrar, cosa que además no solo ocurría en transferencia. En esos casos demasiado bien defendidos en lo verbal, hay que buscar otro ángulo corporal. Otras veces puede ser sentar al paciente, porque en el diván es más fácil suprimir al otro que si está en frente. Con este paciente después hice eso. Y cuando estaba cara a cara con él, yo no hacía lo habitual en la situación cara a cara que es poner una expresión relativamente neutra para que el paciente no se sienta censurado. En el caso de él a mí me interesaba que él registrara afectos, de modo que yo me dejaba llevar más o menos espontáneamente por los afectos que podía suscitar lo que él decía.

Bueno, todo este rodeo es solo para señalar que la interpretación no es reducible solo a intervención verbal. Y a veces hay casos donde la intervención verbal está contraindicada porque no va a funcionar. Así como hay situaciones donde es muy decisivo poner una palabra que no está. Esas situaciones el psicoanálisis las trabajó más temprano. El efecto del silencio, el efecto negativo de “de esto no se puede hablar”, cosa que sigue estando vigente en muchos casos. Pero fue mucho más tardío descubrir el efecto negativo de la palabra, el efecto negativo de no poder estar en silencio en ciertas situaciones. Por ejemplo, en un chico cuya angustia frente a la soledad lo llevaba a un hablar compulsivo pseudo-diálogo, que en realidad, le impedía desarrollar su juego porque él era de ese tipo de personas que si se queda solo en la casa, va a tener que encender la televisión. No soportaba una soledad tranquila y silenciosa. El silencio era como una amenaza, como un abandono. Entonces

ahí era importante poder llegar a una situación donde él pudiera, en cambio, ponerse tranquilo a jugar olvidándose de mi presencia; no solo no hablando conmigo, sino ni siquiera viéndome. Eso ya implicaba todo un trabajo bastante largo y bastante intenso.

Por un lado, abrimos con esto el frente de trabajo interpretativo. Pero lo primero que hacemos es darnos cuenta que nosotros no podemos tener una concepción verbalista porque lo que digamos también va a tener llegada o no según el cuerpo que pongamos en lo que decimos. Una nena púber contra su deseo, comenta que a ella en la escuela le dicen “*estatua*” o “*momia*”. Esto hace referencia a una inhibición muy marcada que recae sobre todo lo que es cuerpo, movimiento y por lo tanto todo el proceso de erotización púberal. Con una chica así es posible que quiera convertir la sesión en una “sesión entre estatuas”, donde el analista también se convierta en una estatua quieta, en una estatua con voz, porque ella habla hasta por los codos pero no se mueve. A eso se refiere la burla que le hacen, a inhibiciones en todo lo que sea actividad física, deportes, gimnasia. En ese caso, el analista tiene que cuidarse mucho de quedarse quieto sentado y no moverse. Lo importante es que se mueva; que genere situaciones de movimiento en la sesión de una manera más indirecta, más sutil. La interpretación tiene que ir con cuerpo. A veces basta con el cuerpo que va en la palabra, pero eso también depende mucho de cómo se dice. La interpretación que uno hace no solo tiene un contenido semántico, una significación sobre algo inconsciente del paciente. La interpretación tiene además una música que va en la voz del analista: el énfasis, los ritmos, la intensidad. Hay pacientes que si uno les va a hacer una interpretación es mejor que sea un susurro, una palabrita. En otros pacientes quizás es mejor que sea algo muy enfático. Entonces, la misma interpretación en cuanto al contenido semántico en el plano de la significación, incluso de los significantes que se ponen en juego, no es la misma según esas condiciones de enunciación musical. El analista tendría que pensar la palabra interpretación como se habla en música de la interpretación de una pieza musical. Uno podría enunciarla correctamente, tocando todas las notas, pero de una manera descolorida e inexpresiva que no llega a la oreja de nadie. Razones de más para apartarme de la manera en que en Psicoanálisis se usa la palabra simbólico que ha llegado a estar muy banalizada, además.

Hay varias elecciones posibles y uno tendrá que apostar y jugar en ese momento porque una crítica que se le hace al psicoanálisis es en cuanto a que sería muy lento o muy largo. Lo cierto es que una sesión transcurre a una velocidad en la que no hay tiempo para pensar en un sentido racionalista, de hacer un razonamiento y aplicar un concepto teórico. Así no se puede trabajar, porque cuando llegase a pensar algo así el paciente ya estaría en otra cosa. No hay tiempo a eso. En la sesión primero hay que meterse y después retroactivamente uno puede pensar, evaluar e incluso justificar porqué uno hizo una cosa y no otra, y eso el mismo Freud ya lo decía. En ese momento uno no puede saber en el sentido convencional racionalista iluminista de saber. Pero con el decantamiento de la experiencia uno puede hacer algunos comentarios generales. Por ejemplo, hay una diferencia entre una interpretación que se dirige directamente frontalmente al chico: “A vos te pasa...”, y una interpretación que es indirecta, que es al juego o que se mete en el mismo juego, donde lo que yo señale o lo que yo interprete va a estar dirigido a determinado personaje, determinada escena. Ese es otro punto importante porque ha habido cierto estereotipo de la interpretación que siempre supone que tendría que decirle “Esto te pasa a vos”, en seguida apuntar a la primera persona del paciente. Y esto puede, primeramente, generar una resistencia que podríamos haber evitado porque el paciente hubiera podido poder aceptar mucho más la interpretación si la hubiéramos limitado a la situación de juego que si nos referimos directamente a él. Esto puede ponerlo a la defensiva. Además, una interpretación así puede tener un efecto de interferencia como si bloqueara el proceso de juego que está en curso. Esto en la medida en que es como si la interpretación desvalorizara ahí la construcción de ese juego y dijera: “Bueno, sí, ¡Piedra libre! Vos sos...”. Esto puede llegar a actuar de manera negativa en relación a toda la producción del chico. De manera que vamos a tener menos producción y menos material para trabajar. Esto es especialmente válido en las situaciones SAS o SAS', cuando el chico dedica mucho tiempo a armar la situación, el escenario, los personajes, para luego ir poco a poco plantando cierta conflictiva. En general, cuando uno ve un juego de bastante rico para arriba, que se va desplegando de esa manera y que se toma sus tiempos, yo diría que es poco oportuno interpretar compulsivamente ese “durante”, salvo si yo veo la manera de intervenir acicateando algo pero en

el juego mismo. Por ejemplo, introduciendo un personaje yo. Un personaje que viene a complicar esa trama o a poner sobre la mesa algo que no se puede poner. En principio, cuando hay un juego que se despliega lo más prudente es esperar y ver a qué conduce, porque podemos tener una intervención prematura. Los chicos a veces nos corrigen en este sentido, porque pueden decirnos: *“Esperá”* o *“No terminé”*. La ansiedad por interpretar, que a veces tiene que ver con alguien que está haciendo sus primeras experiencias y necesita saber que puede interpretar, y otras veces tiene que ver con la personalidad del analista. La ansiedad por interpretar es mala consejera en estos casos.

Otras veces uno toma el rumbo de una interpretación frontal y bastante rápida. Un chico que tiene 7 u 8 años cuyos padres consultan porque se porta mal en el colegio. Es el colegio el que presiona fuertemente a los padres para una consulta. Él se porta mal, no es que rinde mal. Su boletín es muy bueno, salvo en conducta. Este chico en las primeras entrevistas empieza a armar una situación de juego, como algo que sería SAS. Pero al mismo tiempo, veo que se debate entre eso y cierta impostación de él conmigo, como si uno lo sintiera desubicado, como muy agrandado, como si fuera un colega que me hace preguntas. Esto por otro lado pone de manifiesto que es un chico que es muy agudo intelectualmente y que puede sorprenderlo a uno con cierto tipo de comentarios con la edad que tiene. Yo veo esta oscilación de él entre jugar como un chico, que sería la consigna, y una cierta posición de él de adultito precoz. Estamos en eso cuando él está construyendo una situación donde hay un escenario y entre otras cosas un transporte escolar donde se suben varios muñequitos. Entonces yo ahí le pregunto: *“¿Y vos cual sos?”*. Y él me dice: *“¡No! Yo soy el conductor”*. Ahí yo le digo: *“Ah, en el colegio se equivocaron porque me dijeron que sos un chico que se porta mal en el colegio. Lo que pasa es que vos no querés ser un chico, no te gusta ser un chico. Vos querés ser uno de los grandes”*. Yo después le agrego: *“Y como pensás que los grandes hacen lo que quieren, entonces vos querés hacer igual”*. A todo esto yo había averiguado que en el colegio no es que él era un chico que le pegara a otros o hiciera cosas de chicos, sino otro tipo de actitudes más curiosas. Por ejemplo, él de pronto se iba del aula sin decir palabra y por supuesto sin pedir permiso. Él se ponía a recorrer el colegio, cosa que en un colegio de primaria el

movimiento de los chicos está más acotado. El chico tiene que estar ciertas horas en ciertos lugares. Un grande podrá andar libremente, pero no el chico. Él se colocaba en una posición como si fuera la autoridad del colegio. Si él era un grande, ¿a quién le iba a tener que pedir permiso? Junto con eso irritaba su propensión a resolver las dificultades que se planteaban con pares por sí mismo, que de esto habría algo saludable a conservar. Esto, por un lado, hablaba de su actividad y de cierta autonomía; pero por otro lado, hablaba de no ponerse del lado de los chicos. Yo probablemente, intervine de manera frontal e intervine al principio en la medida en que yo notaba una cierta interferencia en la entrevista entre entregarse al juego de su fantasía y atrincherarse en cierta posición que le genera problemas y que dificultaría la relación entre nosotros. De modo que uno va viendo opciones posibles según el material.

Después tenemos los juegos en los que predomina la acción. El juego ASA, que a veces directamente casi desaparece la situación. Es un juego de pura acción muchas veces bastante pobre y reiterativo donde una acción se repite y se repite. Por ejemplo, peleas que se repiten donde el argumento casi se reduce a la acción y a una acción violenta. Por otro lado, los juegos de tipo épico novelesco tienen una clara confrontación opositiva: los grandes y los chicos, los buenos y los malos, los terrestres y los extraterrestres. En estos juegos en cambio, donde la acción tiende a ser monopolítica y reiterativa, la oposición desaparece o tiende a atenuarse. Los dos personajes funcionan igual; resulta difícil situar el bueno y el malo por algún carácter distintivo, como uno puede observar en muchas películas donde hay distintos grupos pero las diferencias que se plantean no llegan a ser oposiciones. Lo mismo pasa en muchos videojuegos donde a gran velocidad el héroe tiene unas cuantas vidas y debe sortear obstáculos de complejidad creciente, donde lo decisivo está en las luchas que se puedan dar o la superación de ciertos obstáculos. No está tanto en las cuestiones digamos de tipo épico ahí entre los personajes. En estos juegos se van a plantear las mismas variantes en cuanto a modalidad interpretativa o de intervención. Yo agregaría lo siguiente: el valor que le damos al juego del chico y el cuidado que ponemos en tener en cuenta sus especificidades, no debe confundirse con una idealización del juego en sí mismo, que lo volviera intocable. Por ejemplo, si yo veo que se repite un juego

reiterativo indefinidamente, de tipo AAA como el chico que se la pasaba con un muñeco en cada mano, uno puede propiciar una complejización del juego abriendo preguntas: “¿Y quién era ese? ¿Qué está haciendo? ¿Porqué está peleando?” y esto ayuda a que se vaya armando algo del orden de una situación. Pero el chico puede no responder a esa intervención y de pronto puede ser necesaria una intervención que ponga fin a esto y que uno diga: “Bueno, hoy esto no más porque si hacés siempre lo mismo al final te ponés tonto y haragán porque no querés hablar, no querés hacer otra cosa y no sé porque, pero así todo el tiempo no. Inventate otra cosa, o si querés hacemos otra cosa”. Esto último para incluirme a mí y no quedar como puro observador de esa escena monótona. Entonces ahí la intervención que uno hace prohíbe en determinado momento contra lo que serían las reglas clásicas. Por supuesto uno no va a tomar esa determinación en una sola sesión. Para hablar de algo reiterativo tengo que dar tiempo a que se reitere, a ver si no va cambiando por sí mismo. A veces los chicos van agregando detalles, van haciendo desvíos. Pero cuando uno ve que esto gira en círculo indefinidamente no tiene ningún valor. No porque sea juego necesariamente va a tener valor, porque puede tener un valor defensivo y empobrecedor. Donde el chico no nos quiere contar nada y se refugia así en un circuito compulsivo. En los juegos en que predomina la acción, el problema es que esa acción degenera en una acción empobrecida, reiterativa, o violenta e impulsiva. En chicos muy impulsivos lo único que pueden hacer es chocar algo. En este chico, por ejemplo, su única modalidad de relación era el choque. Era un chico cuyos vínculos eran pésimos de cabo a rabo.

En las otras situaciones, en los juegos SAS o SAS', la derivación más problemática puede ser por el costado casi opuesto: que en estos juegos predomine una inhibición que haga desaparecer la acción. Entonces tenemos una situación muy detallada, muy prolija pero nunca ocurre nada. El juego siempre se detiene antes del planteo de un conflicto. Como si el narrador de un cuento nos contara la situación, describiera el paisaje, pero nunca llegar el lobo, por ejemplo. Un chico propone una guerra, donde cada uno tenemos un bando. Esto él lo arma muy prolijamente. Primero, reparte los elementos que cada uno va a tener, los elementos de ataque, los soldados, parapetos, los vehículos aéreos y terrestres, arma con bolitas de plastilina lo que serán los

proyectiles y va contando de paso ciertas historias relativas al argumento que motivaría ese enfrentamiento. Todo el consultorio queda convertido en un escenario de guerra, pero la guerra nunca empieza. Termina la sesión y él está en los preparativos. Sesión siguiente. Vuelve a hacer lo mismo con variantes en la disposición de los elementos, pero también la sesión va a concluir antes que empiece nada. Sesión siguiente, lo mismo. Cuando en un momento dado yo, para probar la situación, desde los personajes de la guerra digo: “¡¡Empecemos, ataquémoslos que ellos no están preparados!!”, me frena y dice que eso no vale. No se puede empezar. Yo actúo una cierta impaciencia desde mi lugar y desde el de mis soldados, o la cierta idea de un ataque por sorpresa, pero él lo frena.

Hasta el momento no he dicho nada. Ahí le empiezo a decir: “¿Qué rara esta guerra que no comienza? ¿Cómo es esto?”. Empiezo a hablarle de lo raro que es, no le hablo directamente de la inhibición de él. Empiezo como a hablar en voz alta a decir que son preparativos que siempre conducen a nuevos preparativos, y más preparativos, una especie de dilación en detalles con ciertos rasgos de obsesividad. Por ejemplo, que todo esté derecho y en orden, como que siempre hay algo que reemplazar o cambiar. Comienzo por ese lado para ver qué dice para justificar esa demora o ver si puede ser que ese comentario pudiera bastar para que algo acelerara.

Además, yo digo de la manera más neutra posible, porque no quiero que empiece la guerra para darme el gusto a mí, hablando o actuando desde mis soldados y no desde mí. Ese es otro problema de la interpretación trabajando con chicos y con grandes también, aunque en este caso es menos notorio. Los chicos, por su situación política, están acostumbrados a que los adultos tienen con ellos muchas intervenciones sancionadoras, normalizadoras, reguladoras, evaluativas, juzgadoras, no lo digo en forma peyorativa o negativa, que son intervenciones indispensables, pero a veces tienden a predominar de manera excesiva o a dominar todo el panorama y a veces la única relación que un grande tiene con un chico es de mandato, de dominio o de poder, aunque sea bajo formas muy directas. Entonces ese chico está muy acostumbrado a escuchar al grande, interpretando qué es lo que le está diciendo: “¿Este qué me está diciendo qué está bien y qué está mal? ¿Qué quiere que yo haga?. ¿Cuál es el deseo de este?”. No conscientemente, pero el chico está

acostumbrado a esa actividad interpretativa. El chico por su lado tiende a interpretar todo lo que decimos como: lindo, feo, bueno, malo. Hay chicos a los que les cuesta despegar la situación de sesión de la situación escolar. Entonces le digo: *“Acá no estamos en la escuela, acá no pongo notas en los dibujos, yo no soy tu maestro, quiero conocerte a vos”*.

Cuando el chico está con el analista no hay ninguna excepción. De manera que nosotros tenemos que tener en cuenta siempre una dificultad adicional que es la tendencia del chico a pensar que en lo que le decimos hay un mensaje que contiene lo que debe realmente hacer. Ningún cuidado es suficiente ni es posible preservarse del todo al respecto, por eso mismo uno tiene que tener mucho cuidado con interpretaciones como mandato, por ejemplo, *“¡Tenés que hacer esto y no lo otro!”*. Porque si el chico obedece el mandato puedo creer que cambió y no cambió nada en lo sustancial, en el sentido psicoanalítico, terapéutico.

Como ven, múltiples problemas. En relación a la inhibición uno puede llegar a marcarle al chico que él nunca puede mover los personajes, compone situaciones estáticas como si fueran fotografías con relación a lo fílmico; como si el chico hiciera escenas congeladas. Puede llegar el caso en que uno le diga: *“¿Sabés a qué me hace acordar esto?, a que me contaron que vos...”* y le puedo contar algo que me dijeron de una cosa en la que él tiene una inhibición motriz manifiesta o en que él no puede defenderse y no puede pegarle a uno que le pegó, aunque tenga mucha rabia.

A veces pone esto directamente y otras veces voy a trabajar mucho tiempo la inhibición en el plano de esos personajes incluyendo: *“¡Qué raro, tienen tanta rabia y sin embargo no pueden atacar. ¡Tienen tanta bronca y no pueden! ¿Qué les pasará?”*. Y preguntarle al chico: *“¿Qué creés que les pasa?”* como provocando, siempre que por una complejización del guión el chico vaya pudiendo meterse más con sus dificultades.

Son cosas que solo uno las puede “saber” en el interior del tratamiento y muchas veces se va a equivocar porque los caminos que tomó no dieron resultado. Entonces puede parecer que nada da resultado durante mucho tiempo.

Alumna: - Generalmente se dice que para poder intervenir hay que esperar tiempo. ¿Y de una sesión que podemos esperar?

Nada porque una golondrina no hace verano. Supongamos. Yo no sé si eso es algo que él hace porque recién me conoce y está tomando tiempo, como una actitud de cautela en el sentido que diría Winnicott de protección de falso self frente a un extraño. No lo puedo saber. Para decir hay reiteración tengo que ver que algo se reitere además en el sentido de una pobreza como la del chico autista que está todo el día girando en otro plano. Tengo que tener mucho cuidado en ese sentido porque hay chicos que la primera vez que los vemos podemos pensar que son una inhibición caminando y a la segunda vez viene el chico se da vuelta, es todo distinto. Todo en su tiempo. Por eso hay que tener mucho cuidado y no dejarse presionar por situaciones externas a la propia situación. Por ejemplo, que hay una normativa del pre-pago que hay una cantidad de entrevistas para diagnosticar, o en el hospital, tanta cantidad de entrevistas de diagnóstico. Esas medidas institucionales son para beneficio del funcionamiento de una institución, pero no del trabajo y del encuentro con el paciente o consultante porque las medidas son siempre singulares, son medidas que según cómo se de un encuentro entre profesional y paciente, no se puede establecer de antemano. A veces, el colega puede estar presionado por unos requisitos que no puede hacer como que no existen. Son equilibrios difíciles. Otras veces la presión pueden ser las propias ansiedades.

Alumna: - Usted decía que uno a veces se equivoca en el camino tomado para el tratamiento. ¿Eso se puede remontar? ¿Cómo?

Si. Se puede remontar dependiendo del tipo de equivocación. Es como en la relación del chico con los demás. A un chico no lo daña que los padres se equivoquen. Cuando percibe que no lo hicieron con intención de dañarlo. Al paciente no le cuesta perdonar los errores del analista porque se da cuenta que hubo buena leche, que no hubo una intencionalidad negativa. Por ejemplo, darle un chirlo a un chico en un momento dado, que a veces se toma como si fuera el malo en si mismo y por un entendible deseo de alejarse de toda una tradición de mucha violencia física, etc. Pero al chico lo que le puede hacer

más daño de ese chirlo es si se da cuenta o interpreta que el padre se la agarró con él o que el padre goza en el chirlo. Que hay un goce sádico en maltratarlo. Eso le va a producir más daño que la materialidad del chirlo que en otras condiciones el chico le puede dar la misma poca importancia que a una gresca con sus hermanos o con quienes fueran. A los chicos no les molesta pegarse, por ejemplo, en ciertas condiciones. No interfiere su amistad. Hay equivocaciones y equivocaciones. Pero en este caso suponemos que son equivocaciones que se pueden remontar. Por otro lado, el trabajo terapéutico no es un trabajo técnico en el sentido de que a uno le digan: “*¡Usted arregló mal este motor o lo puso peor!*” La eficacia o ineficacia técnica son decisivas en esos casos. En el caso del trabajo terapéutico lo que uno se equivocó sirvió para llegar a determinado punto o posibilitó determinada cosa. Las equivocaciones más improductivas, dejando de lado las de la falta de preparación profesional o chantada, pueden ser las que haga por sometimiento teórico. En lugar de actuar sobre la intuición de la situación, actúa sometiendo a...;lo cual pasa con gente limitada por una línea teórica o por una relación donde se idealiza tal maestro o supervisor o consigna teórica. Todo lo que yo estudie es bueno si me sirve de puente potencial y no es bueno si es una cosa que se interpone. En todas las teorías podemos encontrar cosas aprovechables.

Winnicott marcaba que era muy bueno que el analista se equivocara y no guardara demasiado silencio en ese sentido. Él decía, también Lacan con relación al silencio: “*El silencio largo favorece una asignación de omnipotencia*”. El que se caya tiene mucho poder y sabe mucho que no dice. Entonces Winnicott decía: “*No tanto silencio porque si hablo y me equivoco, es bueno que el paciente se de cuenta de los límites de mi saber*”. Eso es positivo. Sobre todo ante tantas tradiciones de sometimiento y adoctrinamiento que penetran por todos lados. No me va a beneficiar en un tratamiento la idea de un analista que nunca se equivoca, porque en definitiva, la única cura sería por sugestión y ese personaje tendría siempre la verdad en la boca. Los conceptos serán psicoanalíticos, pero el uso que se haga de ellos será un uso sugestivo. Winnicott también decía para consuelo de los que recién empiezan que muchas veces un paciente puede andar mejor con alguien con menos experiencia porque el que tiene menos experiencia se rompe más en tratar de

ver cómo es ese paciente en realidad. A veces otro se siente de vuelta, como que el paciente no tiene con qué sorprenderlo y con qué enseñarle y entonces puede fallar. En los tratamientos no funcionan los títulos de nobleza por legítimos que sean.

En la próxima vez haré una breve incursión, solo un pasaje a través de cómo se reproduce, cómo se reformula la cuestión del jugar en la adolescencia y vamos a entrar en dibujos.